

MEDITACION: RESPUESTAS A ALGUNAS OBJECIONES

¿Por qué no toda las personas inteligentes y serias hacen que su principal asunto en la vida sea descubrir qué son *realmente*?

La personas reflexivas, cuando se les plantea este tema, se muestran proclives a excusarse suscitando numerosas objeciones a esta investigación interior: no están seguros de que sea una cosa buena. Por supuesto (todos están de acuerdo en que) necesitamos un conocimiento de nuestra naturaleza que funcione a fin de sacar el mayor partido de nosotros mismos y de entenderse con los demás, pero la investigación puede profundizar demasiado y durar demasiado. «Conócete a ti mismo» está bien hasta cierto punto, pero no debe devenir una obsesión, un fin en sí mismo, y ciertamente no debe devenir la tarea de nuestra vida: tal introspección (dicen) probablemente hará más daño que bien. Y así, continúan:

1° Es una desviación egoísta de nuestras energías desde el servicio a los demás a la preocupación de nosotros mismos.

2° Es una introversión morbosa que resulta en una auto-consciencia (en el mal sentido) cuando no efectivamente en enfermedad mental.

3° Consume tiempo y no es práctica, incapacitándonos para nuestras tareas e incluso para la vida familiar.

4° Es deprimente y descolorida, un aburrimiento espantoso, un callejón sin salida que termina en un blanco mental.

5° Mata la espontaneidad y todo disfrute efusivo y natural.

6° Es una maravillosa excusa para la ociosidad y el parasitismo.

7° Es fríamente indiferente al arte y a la naturaleza, a la belleza y a las maravillas del universo y a la rica variedad de la escena humana.

8° Es una droga estupefaciente que reduce las palabras a incongruencias, detiene los pensamientos, entumece la mente misma, cambiando nuestras funciones humanas más altamente evolucionadas por la inanidad no-humana o subhumana.

¿Egoísta?

Primeramente, tomemos la acusación de egoísmo. Un punto de vista típico es que no estamos aquí para descubrirnos a nosotros mismos sino para olvidarnos de nosotros mismos, concentrándonos sobre los demás y cambiando nuestro ego-centrismo natural por el ego-centrismo del conjunto en solícito servicio.

¿Pero cómo podemos hacer realmente mucho bien a los demás mientras no nos conocemos a nosotros mismos profundamente? ¿Cuánta de nuestra supuesta ayuda está

de hecho compensando nuestros sentimientos de culpa sobre el mundo, tratando de resolver nuestros conflictos inconscientes independientemente de la necesidad real! ¡Y cuán a menudo nuestra ayuda a corto plazo acaba en un problema a largo plazo! Es sabido que la ayuda material e incluso psicológica que damos a las personas, para solucionar alguno de sus problemas, es proclive a crear dos más. Solamente la ayuda espiritual más alta, dada por el que realmente se conoce a sí mismo, y a los demás a través de sí mismo, puede garantizarse que es enteramente beneficiosa y libre de esos infortunados efectos secundarios que se multiplican tan incalculablemente; y entonces el don es probablemente un don secreto, inexpresado e inexpresable. La verdad es que ayudarse a uno mismo (lo cual significa encontrarse a sí mismo) *es* ayudar a los demás, aunque la influencia sea enteramente subterránea. No es necesario decir que debemos ser tan activamente buenos como podamos, pero hasta que vemos claramente *Quién* está siendo bueno, estamos trabajando más o menos en la obscuridad, con las consecuencias acertadas o erradas que cabe esperar.

Uno de los problemas de este presunto olvido de uno mismo en el servicio de los demás es que es prácticamente imposible: la virtud deliberada raramente olvida congratularse a sí misma un poquito. La bondad perseguida directamente difícilmente puede evitar la auto-complacencia, y entonces su aroma deviene desagradable. Pero si, por otra parte, es un mero producto secundario, que surge naturalmente del verdadero conocimiento de uno mismo y toca a los demás (debido a que uno es ellos), entonces es completamente indiferente a sí misma y a todo mérito o demérito incidental, y así continúa oliendo bien. Desafortunadamente, tratar de devenir un santo, o incluso un sabio, es una empresa auto-frustrante (o más bien, Auto-frustrante) que acabará probablemente en su opuesto —un ego infatuado—.

¿Morbosa?

¿Puede no obstante ser morbosa una tal Auto-indagación?

¿Qué es la enfermedad mental, en último recurso, sino la alienación de los demás y por lo tanto de uno mismo? Es la vergüenza y la miseria de la parte que trata de ser un todo (lo cual nunca puede ser), en lugar del Todo (que siempre es). Todos nosotros estamos locos, más o menos, hasta que encontramos por la Auto-indagación nuestra identidad absoluta con todos los demás.

¿Impráctica?

La Auto-indagación es también sospechosa de ser, si no efectivamente insana, al menos impráctica. Esta objeción gana algún peso por el hecho (penosamente evidente para alguien que se haya mezclado en movimientos religiosos) de que las personas «espirituales» son muy a menudo maniáticos, inadaptados, o inclinados a ser neuróticos. De hecho, esto no es sorprendente. Las personas contentas (por no decir satisfechas de

sí mismas), razonablemente «normales» y bien ajustadas y medianamente buenos como seres humanos, no se sienten atraídas a descubrir que más pueden ser. Son aquellos que *necesitan* descubrir *Quién* son, los afortunadamente desesperados, quienes son más proclives a emprender la empresa del Auto-descubrimiento. Un sano instinto les dice dónde está su Cura.

De modo que el mundano puede parecer (y a menudo efectivamente ser) un hombre mucho mejor que el inclinado espiritualmente. Mirar adentro no transforma la personalidad de la noche a la mañana. Sin embargo, en el grado en que esta empresa suprema tiene éxito, «normaliza» a un hombre, haciéndole apto finalmente para la vida y corrigiendo su torpeza y debilidad y fealdad. Ahora está verdaderamente ajustado: sabe cómo vivir y prosperar y ser feliz. Paradójicamente, es descubriendo que él no es un hombre como deviene un hombre satisfecho. Y es natural: una vez que ve *Quién* es él realmente, sus necesidades y sus demandas a los demás, disminuyen rápidamente; su habilidad para concentrarse sobre cualquier tarea escogida es notable; su desapego proporciona la fría objetividad necesaria para la sabiduría práctica; por primera vez ve a las personas como son; acoge todo pero él mismo no es acogido. Al comienzo, la Auto-indagación puede no ser la mejor receta para hacer amigos e influenciar a las personas, pero finalmente es la única manera de estar en casa en el mundo. Nada más es tan completamente *práctico*. Los Sabios son hombres inmensamente eficaces, no un montón de soñadores incompetentes.

¿Aburrida?

¡Ah (dicen aquellos que no saben), pero su vida es tan aburrida, tan monótona! ¿Cómo es posible —esperando durante meses y años lo que es admitidamente sin cualidad, sin ningún contenido, mera Claridad— evitar un terrible aburrimiento? Descubrir nuestro Polo Norte puede ser interesante, ¿pero tenemos que vivir entonces ahí, en la obscuridad helada donde nada acontece nunca?

La verdad extraordinaria es que, contrariamente a todas las expectativas, este Centro de nuestro ser aparentemente helado y lúgubre es en realidad inacabablemente satisfactorio, absolutamente fascinante: no hay ningún momento aburrido aquí. Es nuestra periferia, el mundo donde las cosas acontecen, el que finalmente aburre y deprime. ¿Por qué la Fuente sin-nombre, vacía, sin cambio, sin forma, sin color se muestra (en la práctica de hecho, no en la teoría) tan pasmosamente interesante, mientras que todos sus productos, a pesar de su inagotable riqueza, se muestran eventualmente tan enormemente fatigantes? Bien, este hecho curioso ha de ser aceptado —agradecidamente—. Difícilmente puede ser un asunto de queja sería el que todas las cosas nos decepcionen hasta que descubrimos *Quién* está siendo decepcionado. Con solo que se lo permitamos, todas las cosas nos empujan hacia el Sí mismo.

¿Innatural?

Todo nos dirige naturalmente de retorno a su Fuente. De hecho, toda la empresa del Auto-descubrimiento de Sí mismo es nuestra función normal, nuestro desarrollo natural, a falta del cual permanecemos atrofiados, si no perversos o extravagantes. Nuevamente, éste es un descubrimiento sorprendente. Uno quizás había imaginado que una mirada interior sostenida le habría hecho a un hombre más bien menos humano, dándole probablemente una apariencia distante, un aire raro, ensimismado, y quizás repelente. De hecho, lo verdadero es lo contrario: el hombre que se ve a Sí mismo tiene la gracia y el encanto del que es libre. *Encontrar la Fuente es abrirla*. Tómese el caso del hombre que comienza siendo morbosamente consciente de sí mismo (de su ego): hay dos cosas que puede hacer al respecto: una, una mera mejoría (si cabe), la otra, una cura verdadera. La cura falsa para su retraimiento es perderse a sí mismo saliendo hacia el mundo; la cura verdadera es encontrarse a sí mismo moviéndose hacia sí mismo hasta que un día su auto-consciencia deviene Auto-consciencia y por lo tanto en casa en todas partes. Es cierto que nadie puede recuperar, por ninguna técnica de olvido de sí mismo (de su ego), la naturalidad, la espontaneidad simple del niño pequeño o del animal; pero por el proceso opuesto de Auto-recordación puede ganar algo semejante a ese estado bienaventurado, aunque a un nivel más alto. Entonces sabrá, como por un instinto superior, qué hacer y cómo hacerlo; y, bastante más a menudo, qué no hacer. A falta de esta meta, todos nosotros somos en uno u otro grado burdos y artificiales.

¿Ociosa?

¿Es ésta una salida fácil —del Infierno de la responsabilidad, compromiso y peligro— a un Cielo seguro y sin esfuerzo? Al mirar a algunos indagadores se podría pensar así, pero usted no podría estar más equivocado. En un sentido, admitidamente, es la cosa más fácil del mundo ver lo que nadie más puede ver, a saber, *qué* es ser uno mismo, *qué* es ser aquí a ninguna distancia de uno mismo: la Luz es deslumbradoramente evidente, la Claridad transparente e inequívoca. Pero en otro sentido —¡ay!— es la cosa más difícil del mundo, ver y continuar viendo este Lugar desde este Lugar: este misterioso Sitio que uno ocupa, donde uno suponía que había una cosa sólida, un cuerpo o un cerebro, y donde de hecho *es* solo el Veedor mismo, está *demasiado* abierto a la inspección, es *demasiado* evidente para retener nuestra atención. Todas nuestras flechas de atención apuntan hacia afuera; y podrían estar hechas de acero, hasta tal punto es aparentemente difícil girarlas en redondo de manera que apunten hacia el Centro, y todavía más difícil impedirles que reboten de nuevo inmediatamente. De todas las ambiciones ésta es la de máximo alcance, y ninguna otra aventura es tan atrevida o tan «difícil» —hasta que vemos que la dificultad era toda de nuestra propia hechura—.

¿Rechaza el mundo?

¿Es el resultado digno del esfuerzo? ¿No hay nada de valor fuera de ahí, nada digno de nuestra atención y amor? Volver nuestras espaldas a un universo tan magnífico y tan fecundo, a todos los tesoros del arte y del pensamiento, y sobre todo a nuestros congéneres, es ciertamente una pérdida enorme. El Sabio —así se cuenta— no está interesado en estos asuntos: el mundo consiste en cosas que él no quiere conocer: para él, el conocimiento de las cosas particulares es solo ignorancia. Por raro que parezca, es el hombre que está atento solo a la escena exterior, ignorando lo que hay en su Centro, el que es más o menos ciego a esa escena exterior. Pues el mundo es un curioso fenómeno que, como una estrella fugaz, puede ser observado claramente solo cuando no se lo mira *directamente*. Es un objeto que no se revelará plenamente hasta que miremos en la dirección opuesta atrapando su visión en el espejo del Sí mismo. Por ejemplo, aunque el mundo es congruentemente bello cuando es contemplado *directamente* como completamente real y auto-soportado, es consistentemente bello cuando es contemplado *indirectamente* como un producto o accidente del Sí mismo. Cuando usted ve *Quién es realmente aquí*, ve lo que *es* realmente *ahí* como una suerte de don. Y este don es una deliciosa sorpresa: el universo se transforma. Los colores casi cantan, tan brillantes y resplandecientes son; las formas y planos y texturas se ordenan por sí solas en composiciones encantadoras; nada es repulsivo o despreciable o fuera de lugar. Cada diseño de objetos al azar —copas de árboles y bancos de nubes, hojas y piedras en el suelo, figuras humanas y coches reflejados en escaparates, pósteres manchados y rotos sobre viejas paredes, basuras de todo tipo— se ve inevitable y perfecto en su propia manera única. Y esto es lo opuesto mismo de la imaginación humana: es realismo divino, la liquidación de esa cortina de humo imaginativa y verbosa que nos oculta progresivamente el mundo a medida que nos hacemos más viejos y más resabiados.

¿No creativa?

Ciertamente la vía de la Auto-indagación no es ninguna ruta de escape: es el camino más corto adentro del universo, nuestro pasaje al gozo más vivo del mundo. Sin embargo, dicen, es incompatible con cualquier otra tarea creativa seria, bien sea artística o intelectual o práctica. Si ello es así, esto es ciertamente un considerable inconveniente.

Es cierto que la Auto-indagación nunca tendrá éxito hasta que nosotros pongamos todo nuestro corazón en ella, y consecuentemente al artista o al filósofo o al científico de oficio les parece que es un asunto nada prometedor. De hecho, esto no se debe a que estén demasiado entregados a su vocación, sino a que todavía no se han entregado suficientemente, a que todavía no son absolutamente serios con ella: necesitan profundizar y ampliar su campo hasta que incluya tanto a sí mismos como a la totalidad del mundo. Pues el único genio congruente, el único Artista-Filósofo-Científico completo, es el Sabio, que es plenamente consciente de ser el Pintor de la totalidad de la pintura del mundo, el Pensador de todos los pensamientos, el Inventor del universo, el Conocimiento mismo. Esto no significa, por supuesto, que conozca al dedillo todos los detalles, sino que ve a qué equivalen todos en su esencia más profunda y en su suma

última, a saber, a su verdadero Sí mismo. Y siempre que surge una cuestión de detalle, su respuesta es la correcta. Su no-mente es la base indispensable de un funcionamiento fluido de la mente; su Auto-información incluye todas las demás informaciones que necesita de momento en momento. Brevemente, es sabio, lo cual significa «sabio»: no inteligente e instruido y con una cabeza llena de ideas, sino simple y —literalmente— limpio de cabeza.

Incluso en la vida ordinaria encontramos sugerencias de esta conexión vital entre la Auto-consciencia y la creatividad. ¿No incluyen siempre nuestros mejores momentos una exaltada consciencia de nosotros mismos, de modo que no estamos realmente «perdidos» en la inspiración o el fervor creativo o el amor, sino recién encontrados? En su máxima sutileza, ¿no apunta aquel objeto opaco de allí inequívocamente al sujeto transparente aquí? Puede acontecer incluso que la transparencia venga primero: estamos atentos, nuestra necia verborrea interior se apaga, devenimos conscientemente *nada* excepto este *Vacío* expectante, alerta —y al instante el tono o el color requerido, la noción clave, la verdadera respuesta, sobreviene exacta en ese *Vacío*, desde ese *Vacío*.

El resultado de observar sólo el universo es la ansiedad. Solo observar al Observador del universo detendrá la zozobra, el desasosiego y el maquinarse de un hombre. Cuando su interés se vuelve hacia dentro, suelta naturalmente su presa —su asfixiante presa— del mundo exterior. Habiendo retirado su capital y habiéndolo puesto en su propio Banco Central (donde inmediatamente se aprecia hasta la infinitud) no tiene nada que perder afuera y ninguna razón para interferir. Sabe cómo llevar las cosas, y cómo terminarlas en su propio tiempo. No tiene ninguna prisa. Conociendo el Sí mismo, difícilmente puede dejar de confiar en sus productos; todo lo que ocurre es fundamentalmente agradable para él, e incluso si no lo fuera, ello jamás podría tocar su Ser real. En los términos cristianos, no tiene ninguna voluntad sino la de Dios; lo que quiere es lo que acontece, y lo que acontece es lo que quiere. Paradójicamente, su obediencia a la naturaleza de las cosas es su dominio sobre ellas; su debilidad es todopoderosa. Y el secreto de su poder es que no está interesado en los acontecimientos en absoluto. «Buscad primero el Reino de Dios, y todas estas cosas se os darán por añadidura». Buscad primero estas cosas, y aún éstas os serán arrebatadas.

Esta perfecta obediencia no es investirse uno mismo con la voluntad de Dios, o imitarla, o aún devenir parte de ella: es esa voluntad misma en plena operación. Si queremos descubrir exactamente lo que es crear el mundo, solo tenemos que no desear nada y prestar atención. Pero la aceptación total es muy difícil. Es precisamente lo opuesto de la perezosa indiferencia que meramente deja que las cosas resbalen. Brota de la fuerza interior, no de la debilidad, y es el resultado de la concentración, no de la relajación. ¿Por qué es el mundo tan perturbador, tan terrible? ¿Es así por naturaleza, o debido a que tomamos la vía fácil de combatirle en lugar de la vía difícil de cuadrar con él? Tenemos que descubrir por nosotros mismos la verdad de la demostración del Sabio de que incluso en las cosas más pequeñas la vía de la no interferencia, del abandono de toda voluntad propia, de la «desaparición», es sorprendentemente práctica, la sabiduría

que funciona. No sólo a la larga, sino de momento en momento, saliendo *conscientemente* de la Luz, acogiendo a toda cosa que se presenta en ella, enderezándola instantáneamente. Nosotros hacemos demasiado y por lo tanto permanecemos ineficaces; hablamos mucho y por lo tanto no decimos nada; pensamos mucho, muchísimo y por lo tanto impedimos que los hechos hablen por sí mismos —en palabras de aquellos que conocen el poder de la Vacuidad. Nos corresponde a nosotros hacer nuestras propias pruebas, no —repito *no*— por el método directo de tratar de estar quieto y sin mente (esto no funcionará) sino por el método indirecto de ver Quién está tratando de ser así. Ningún hombre deviene deificado excepto viendo que él no es un hombre.

Su experiencia de deificación no tiene ningún contenido, ningún detalle en absoluto: no es meramente indescriptible, sino no mental o no psicológica, y en el sentido más verdadero no humana. Pensar o hablar sobre ella la destruye, complicando lo que es la Simplicidad y la Obviedad misma. Es más bien como saborear azúcar o ver el verde: cuanto más reflexiona usted sobre ello tanto más se aleja del hecho efectivo. Pero los extremos se tocan. Ver el verde es una experiencia inefable debido a que es un fenómeno prehumano o infrahumano; ver al Veedor del verde es una experiencia inefable debido a que es una experiencia posthumana o suprahumana. El rechazo por el Sabio de la mente llena de conceptos, atestada de palabras está en el polo opuesto de la mente del sensualista. La Auto-indagación no es retrogresión, sino el siguiente paso más allá del hombre, o más bien la totalidad de la vía desde él a la Meta. Y aunque la Meta está más allá del pensamiento, pura limpidez, vacía incluso de vacuidad, no es tampoco nada excepto Verdad Honesta a secas. Pues solo el Sí mismo puede ser *conocido*: todo lo demás es en parte conjetura, en parte falso. Solo la Auto-consciencia está plenamente despierta y es plenamente observante: toda otra consciencia es errancia mental. Alerta total *es* el Sí mismo.

Y así, en conclusión, cada falta que pudimos encontrar en la Auto-indagación ha resultado ser solamente un mérito. Ciertamente hay tipos de introspección que son dañinos, pero éstos se interesan en el ego o sí mismo empírico y son lo opuesto mismo de la verdadera indagación, que es sana y salutífera, creativa, natural, mejoradora de la vida, práctica y altruista. Aunque algunos de nosotros podamos comenzar esta verdadera indagación terriblemente tarde, para eso es para lo que estamos aquí. Desatenderla es en todo sentido una vergüenza.

Sería también una desatención vergonzosa, indigna de nuestra energía e inteligencia, aunque la prometedor Auto-indagación no se amortizara en absoluto. Y en cualquier caso sus beneficios son puramente coincidentales: el único modo de tenerlos es no preocuparse por ellos, sino solo por la Verdad desnuda sobre nosotros mismos, sin importar cuán ineducativo se pueda mostrar. *Si todo lo que queremos es ver Quien somos, nada puede impedir que lo hagamos en este mismo instante.* Pero si nuestro plan es meramente usar esa visión para comprar felicidad humana o cualesquiera otros bienes, entonces tanto da que abandonemos la idea misma de la Auto-indagación.